

CULTURA

EN EL BICENTENARIO DEL MARQUÉS DE SADE ›

El animal que habita en nosotros

¿Uno de los espíritus más libres de la historia o alguien que llevó al límite el ideario del Antiguo Régimen? Se cumplen dos siglos de la muerte del polémico escritor francés

JESÚS FERRERO

1 DIC 2014 - 20:00 ART



Grabado del Marqués de Sade. MARY EVANS (RUE DES ARCHIVES)

Donatien Alphonse François de Sade, más conocido como el marqués de Sade, de cuya muerte se cumplen hoy 200 años, nació en 1740, en pleno Siglo de las Luces, y tuvo el honor de ser perseguido tanto por el Antiguo Régimen como por la Asamblea Revolucionaria. Dicho en otras palabras: ningún sistema podía asimilarlo, y solo el paso del tiempo y el cambio de actitudes morales y filosóficas han ido permitiendo que toda su obra salga a la luz. Aún ahora mismo no es fácil enjuiciarlo. Dependiendo del prisma desde el que se le mire, puede parecer uno de los espíritus más libres y revolucionarios de todos los tiempos, como creían Flaubert, Rimbaud, Bataille y los surrealistas, o puede verse también como alguien que llevó al límite de lo posible el espíritu disoluto y despótico de la aristocracia del *Ancien Régime.* Quizá ambas tendencias conforman una unidad dialéctica inseparable de su figura, y quizá las dos tienen razón, si bien solo parcialmente.

Aunque en su obra aparece con mucha frecuencia la figura del verdugo en actos descritos con temple frío y distanciador, lo cierto es que pasó buena parte de su vida en cárceles y asilos mentales, y en ese sentido fue claramente una víctima purgando delitos que no había cometido, a no ser que consideremos un delito sus libros. Dicho lo cual cabe pensar que lo condenó la ausencia de libertad de expresión más que su presunta apología del crimen y el horror.

Solo el cambio de actitudes morales ha permitido que toda su obra vea la luz

Es evidente que no fue tan disoluto como sus personajes, y no pocos de sus contemporáneos se entregaron a orgías de sangre en las que Sade no participó: le bastaba con imaginarlas. Aunque fue muy original, no hay que ignorar que parte de su obra está estrechamente vinculada a un género muy de moda en su tiempo: el libelo obsceno y demoledor.

Practicó todos los géneros literarios de la época: novela, ensayo, poesía, teatro, y algunas de sus obras más celebradas, como *La filosofía en el boudoir* y sus novelas, están llenas de humor corrosivo y desestabilizador.

En lo que se refiere a la cultura en español, Octavio Paz le dedicó un hermoso poema: *El prisionero;* Rafael Conte se ubicó en su alma haciendo un relato en primera persona: *Yo, Sade;* y Gonzalo Suárez le dedicó una novela monumental, presidida por una desconcertante objetividad cinematográfica, no del todo ajena al efecto distanciador del marqués: *Ciudadano Sade.*

En lo que se refiere a Francia, los textos dedicados al marqués son innumerables y me referiré solo a dos que impresionan por su sutileza: *Sade mi prójimo,* donde Pierre Klossowsky profundiza en los aspectos más abismalmente humanos de Sade, y el ensayo de Roland Barthes *Sade, Fourier, Loyola.* Puede sorprender que Barthes relacionase a Sade con Loyola, pero no si advertimos que en los dos se detecta una mística de la enumeración. Como Ignacio de Loyola en sus ejercicios, Sade quiere ser exhaustivo y agotar todas las fantasías posibles, hasta que ya no pueda añadirse ni una más: tiene esa ambición, hija de la *Enciclopedia.*

Practicó todos los géneros de la época: novela, ensayo, poesía, teatro

Es ya común decir que se trata de un escritor más bien aburrido. En sus novelas no lo parece en absoluto. Puede resultar más tedioso en libros inclasificables como *Las 120 jornadas de Sodoma*, pero no si se lee desde un ángulo psicológico y antropológico, pues ilustra mucho de todo ese magma sangriento y totalitario que alberga la zona gris del alma, esa zona en la que la figura humana deja de conmover y emocionar para convertirse en una sustancia abstracta sobre la que poder ejercer toda la violencia que omitimos normalmente, y que según Freud sería el resultado más íntimo e inconfesable del malestar de la cultura y de todas sus mordazas. A menudo olvidamos que dentro de nuestro ser malvive un animal que clama por sus derechos, y que a veces despierta para mostrar su cara menos complaciente.

Siendo en sí mismo un racionalista, abre de par en par las puertas de lo irracional. Su verdadera filosofía aparece con bastante claridad en su poema *La verdad,* donde atribuye a la naturaleza un furor desatado y una violencia desmedida y aconseja dejarse llevar, sin ninguna resistencia, por ese mismo furor y esa misma violencia. Puede ser muy discutible esa idea de la naturaleza, pero con toda evidencia nos hallamos ante una visión que se adelanta al espíritu volcánico del Romanticismo y a todos los excesos del simbolismo y el surrealismo. Curiosamente, nadie ha llegado tan lejos en la exploración de la crueldad. Sade marca un límite demencial que nos sigue dejando estupefactos, a pesar de que llevamos ya un buen tiempo aceptándolo entre nosotros. Quizá hay escritores que nunca acaban de ser asimilados por completo, y en eso se fundamentaría su verdadera gloria. Nietzsche sería uno de ellos, el otro sería sin duda alguna Sade.

SADE AL DESNUDO

WINSTON MANRIQUE SABOGAL

El marqués de Sade a través de la biografía de su esposa, de sus cuentos más eróticos y de una exposición en el Museo de Orsay dan cuenta de la realidad de uno de los clásicos más polémicos y populares de la literatura y la vida. Estas son algunas

de las novedades literarias y eventos que conmemoran el bicentenario del autor de obras como *Justina o los infortunios de la virtud*.

Renée Pélagie, marquesa de Sade, del periodista Gérard Badou, y publicado en España por Ediciones del Subsuelo, es una de las novedades más jugosas al describir la enigmática pasión que encadenó a esta mujer a su marido que la llamaba en la intimidad su “pequeña pularda”.

Ella era solo año y medio más joven que él (nació en diciembre de 1741 y murió el 7 de julio de 1810). Al principio, Sade (1740-1814) la despreció, pero con el tiempo llegaría a decirle: “Te amaré hasta la tumba”. Más que una pareja al uso, fueron aliados, escribe Badou. Lo que ocurre es que según las propias palabras del Marqués, él reconocía tener el “pequeño defecto de amar quizá demasiado a las mujeres”, y dar rienda suelta a su libertinaje que no era otro que tratar de vivir al margen de las coordenadas sociales y ver hasta dónde podía llegar el ser humano en su vida sexual sin restricciones.

Esta biografía relata la vida de la marquesa y, de paso, de su famoso marido, y con ella la pregunta sobre qué resortes ocultos, misteriosos y desconocidos tiene el ser humano para aceptar vivir, amar y desear a alguien que lo traiciona o le hace daño. Es más, incluso, Renée Pélagie habría facilitado las cosas para que Sade diera rienda suelta a sus instintos libidinosos y sexuales. La marquesa pudo haber contribuido, según la biografía, a que su marido viviera y practicara con mujeres, en su casa, las escenas recreadas en obras como *Aline y Valcour*, *Justine* y *Los 120 días de Sodoma*. Una biografía que más que la vida de la pareja es un viaje por los intersticios y laberintos no confesables e irracionales del ser humano.

Parte de esa vida también se refleja en el volumen *Cuentos eróticos*, del Marqués de Sade, editados por Hermida Editores, con la traducción de Enrique Martínez Fariñas. Son relatos prohibidos, junto a los libros, hasta hace poco más de medio siglo, pero que hoy se pueden comprar y leer. En ellos se aprecia la concepción de la libertad y el deseo erótico y la transgresión.

En Francia, una de las conmemoraciones más destacadas es la exposición en el Museo de Orsay, de París, titulada *Atacar al sol*. Con esta exposición y la frivolidad con la que se vive en este siglo de la sociedad del espectáculo, escribió Mario Vargas Llosa en EL PAÍS, el pasado 2 de noviembre, se logrará “acabar con la leyenda maldita que rodeaba al personaje y a sus libros y probar que ni aquel ni éstos eran tan peligrosos ni malignos como se creía”.

ARCHIVADO EN:

Marques de Sade · Francia · Escritores · Filosofía · Literatura · Europa occidental · Libros · Europa · Cultura



OPINIÓN

PIEDRA DE TOQUE

El divino marqués en el museo

Freud dio una explicación racional a lo que Sade había intuido: la existencia de una violencia empozada en el fondo irracional de la persona, que la civilización modera sin erradicarla

MARIO VARGAS LLOSA

1 NOV 2014 - 20:00 ART



FERNANDO VICENTE

Donatien Alphonse François, marqués de Sade (1740-1814), ha entrado en el panteón cultural de Francia por todo lo alto. Su obra dejó de estar prohibida hace medio siglo, ha sido editada en tres volúmenes por la más prestigiosa colección literaria, la Pléiade, y ahora el Museo de Orsay le dedica una vasta exposición: *Attaquer le soleil*(Atacar al sol). De este modo, la frivolidad del siglo en que vivimos —la civilización del espectáculo— va a conseguir lo que no lograron los Gobiernos, policías y la Iglesia que a lo largo de dos siglos lo persiguieron con encarnizamiento: acabar con la leyenda maldita que rodeaba al personaje y a sus libros y probar que ni aquél ni éstos eran tan peligrosos ni malignos como se creía. Y que, a fin de cuentas, aunque sus ideas resultaban, sin duda, bastante apocalípticas y escabrosas, como escribidor era recurrente como un disco rayado y, pasados algunos sobresaltos, generalmente aburrido.

Para disfrutar a Sade era indispensable la nerviosa clandestinidad, procurarse esas ediciones de catacumba como las codiciables que se exhiben en el Museo de Orsay, casi siempre con pies de imprenta falsificados y que se salvaron de milagro de los secuestros e incineraciones, y sumergirse en sus páginas con la sensación de estar transgrediendo una ley y cometiendo pecado mortal. Como hoy en día *Las 120 jornadas de Sodoma, Justine o los infortunios de la virtud* y *Juliette o las prosperidades del vicio* se venden en las más respetables librerías, y se pueden leer en todas las buenas bibliotecas, su atractivo es bastante menor y, como ocurre siempre con la literatura monotemática, tanta ferocidad recurre de tal modo en sus páginas que deja de serlo y se vuelve juego, irrealidad. En la inmensa obra que escribió hay, me parece, apenas una genialidad literaria: el breve *Diálogo* entre un sacerdote y un moribundo, en el que luce un pensamiento condensado y firme, sin las retóricas blasfemias y los morosos discursos exaltando las depravaciones, la traición y los crímenes que entumecen sus otros libros, tanto los históricos como los eróticos.

La exposición del Museo de Orsay, excelente, tiene como comisaria a Annie Le Brun, gran conocedora de Sade y autora de un sutil ensayo sobre él, y muestra algo bastante obvio, que el "sadismo" no lo inventó el divino marqués, pues la literatura y las artes plásticas ya habían descrito la crueldad y la violencia sexual con imaginación, audacia y belleza desde los tiempos más antiguos. Pero es verdad que probablemente ningún artista, escritor ni filósofo fue tan lejos como él en la exploración de esas profundidades humanas donde deseos e instintos entremezclados producen formas indecibles del horror. Goya, naturalmente muy

presente con grabados y pinturas en esta muestra, lo sintetizó de manera luminosa en la leyenda de uno de sus aguafuertes: "El sueño de la razón produce monstruos". Sade mostró en sus novelas que los deseos sexuales, exonerados de todo freno, convierten al ser humano en una máquina depredadora y carnicera y que una sociedad que los dejara desplegarse con absoluta libertad podría llegar a acabar con toda forma de vida en el planeta.

Una sociedad que dejara desplegarse los deseos sadianos podría acabar con toda forma de vida

Esa aterradora utopía la defendió de manera teórica en sus escritos literarios y filosóficos, en nombre de un individualismo sin fronteras y un ateísmo apocalíptico, pero, en la vida real, sus excesos fueron, en verdad, limitados, si se los compara con los de cualquier dictadorzuelo tercermundista, no se diga un Hitler o un Stalin. La verdad es que se pasó buena parte de su vida en cárceles y manicomios, o huyendo de sus perseguidores, y que en su prontuario delictivo no hay un solo crimen, sólo azotes a algunas prostitutas y, lo más grave, haber hecho tragar a otras unas pastillas que producían cuescos, pestilencia que, por lo visto, lo inflamaba hasta el delirio.

Lo que es una lástima es que no escribiera su autobiografía porque, lo que sabemos de su vida, aunque no es mucho —su mejor biografía la escribió Gilbert Lely, un compañero mío de la Radiotelevisión Francesa, que, cuando no estudiaba al divino marqués, se ganaba la vida como locutor y hacía calceta—, revela a un aventurero de polendas. Estuvo dos veces condenado a muerte y las dos se fugó de la cárcel, secuestrando, en una de ellas, de paso, a su propia cuñada, que era monja. Cuando el pueblo de París asaltó la prisión de la Bastilla, donde él estaba preso, exhortó a las masas revolucionarias, desde un balcón, para que abrieran todas las rejas en nombre de la libertad. En una de sus breves temporadas sin cautiverio, fue un activo revolucionario, pero los jacobinos lo consideraron demasiado "moderado" y lo condenaron por ello a la guillotina; lo salvó la oportuna muerte de Robespierre. Pero quizás el periodo más extraordinario de su vida fue su encierro en el manicomio de Charenton, donde escribió la mayor parte de sus libros, y donde se dedicó a montar representaciones teatrales de su invención con

los locos como actores, espectáculos que atraían, se dice, a las familias parisinas más ilustres.

Goya y Buñuel también están muy presentes en la vasta exposición organizada en París

Al malvado más famoso de la literatura nunca le faltaron mujeres y, aunque fue un gordo fofo precoz, como sus horrendos personajes libidinosos, los testimonios femeninos sobre él —salvo los de su esposa legítima, Renée Pélagie de Montreuil, que lo mandó a la cárcel y al manicomio cuantas veces pudo— hablan de un hombre encantador, refinado y elegante en su trato y de una galantería irresistible con las damas. Siempre se declaró un pacifista y, el colmo de los colmos, hasta escribió un manifiesto contra la pena de muerte.

Como todos los grandes escritores malditos, Sade despertó siempre pasiones, tanto en sus admiradores como en sus detractores. La muestra del Museo de Orsay da cuenta sobre todo de los primeros, y, entre ellos, principalmente de los surrealistas que le hicieron homenajes, algunos deslumbrantes, como el retrato imaginario de Man Ray, de 1938, o las obras inspiradas en él de Hans Bellmer. Más aún que la literatura, la pintura y el cine modernos delatan resabios sadianos, por lo menos en la selección de obras de la exposición. Entre las películas son sin duda las de Buñuel las que parecen más directamente inspiradas en las propensiones del divino marqués, sobre todo en las escenas perversas de *Él,* con Arturo de Córdova, que reciben al visitante en la entrada de la exposición.

Quizás lo que falte en ella sea una mayor presencia de Freud, quien, no como literato ni artista, sino como psicólogo, se adentró por las mismas cavernas de la intimidad humana que Sade y dio una explicación racional totalizadora a lo que el divino marqués conoció a través de la intuición, sus propios fantasmas y la imaginación, la existencia de esa violencia empozada en el fondo irracional de la persona humana, que encuentra en el sexo una vía privilegiada de expresión, algo que la civilización modera luego en formas más benignas, creativas en vez de destructivas, aunque sin erradicarla nunca del todo. Lo que significa que, como ha ocurrido y sigue ocurriendo en medio de las sociedades más avanzadas, la violencia estalla a menudo de manera incontenible, no solo a través del deseo

individual ciego, también en todas las formas colectivas posibles del fanatismo, desde el religioso hasta el político y el ideológico. Paradójicamente, el terrorismo que en nuestros días vuelve a hacer de las suyas por el globo, aunque los terroristas no lo sepan, es el mayor homenaje que rinde nuestra época al divino marqués, al que, aunque había pedido ser enterrado en una tumba laica y sin nombre, se le hicieron honras fúnebres muy católicas en el manicomio de Charenton, donde murió, apaciblemente, a sus 74 años de edad.

Puedes seguir EL PAÍS Opinión en Facebook, Twitter o suscribirte aquí a la Newsletter.

ARCHIVADO EN:

Opinión · Marques de Sade · Mario Vargas Llosa · Francisco de Goya · Luis Buñuel · Francia · Violencia · Libros · Terrorismo · Cultura · Sociedad